



HACIA UNA NUEVA CONFIGURACIÓN MUNDIAL

*Fred Halliday**

Hay dos respuestas predecibles y casi siempre equivocadas ante cualquier gran conmoción internacional: una es decir que todo ha cambiado y la otra, decir que no ha cambiado nada. Ambas se han oído después del 11 de septiembre de 2001, al igual que, hace un decenio o más, se articularon idénticas posturas tras los terremotos de aquella época: la caída del Muro de Berlín, la guerra de Kuwait y la disolución de Yugoslavia.

El 11 de septiembre no lo ha cambiado todo: el mapa del mundo, con sus aproximadamente 200 Estados, el patrón global de poder económico y militar, la distribución relativa de Estados democráticos, semiautoritarios y tiránicos, sigue siendo en gran medida la misma. Muchas de las mayores amenazas para el mundo, y muchos de los problemas menos proclives a las formas tradicionales de control del Estado (el medio ambiente, la migración, el narcotráfico, el sida), existen desde mucho antes del 11 de septiembre. Las aproximadamente cuarenta sociedades que estaban divididas por la guerra, desde Colombia a Palestina, siguen estándolo. Algunos de los cambios que se han hecho patentes después del 11 de septiembre eran ya incipientes, como la reafirmación del poder estadounidense por la Administración Bush, la retórica del conflicto cultural procedente tanto de sociedades occidentales como

* Fred Halliday es profesor de Relaciones Internacionales de la London School of Economics y autor de *The World at 2000*, Palgrave, Houndmills, 2001, y de *Two Hours That Shock the World: September 11th 2001, Causes and Consequences*, de próxima publicación en Saqi, Londres. Este ensayo se basa en el artículo «A new global configuration», publicado en el diario *The Observer* el 18 de noviembre de 2001, y en el capítulo 1 de *Two Hours...*, titulado «El 11 de septiembre de 2001 y la gran crisis de Asia Occidental». La edición y síntesis es responsabilidad del CIP. Reproducido con autorización del autor. Traducción: Berna Wang.



islámicas y la intervención de los Estados de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) para compensar la prevista recesión económica.

Un lugar diferente

No obstante, este reconocimiento de continuidad pasa por alto hasta qué punto esos ataques contra la «tierra natal» estadounidense han dado —o prometen dar— una nueva forma al mundo en el que vivimos. El hecho de que algunos de estos cambios son evolutivos y reformistas, más que revolucionarios o absolutos, no reduce su importancia. Incluso se puede sugerir que en la era moderna ha sido la reforma, como mínimo en igual medida que la revolución, la que más ha hecho para reestructurar el mundo. En resumen, hay al menos cinco aspectos importantes en los que el mundo, después del 11 de septiembre, es un lugar diferente del que se podíamos haber previsto de no haberse producido los hechos del 11 de septiembre.

En primer lugar, se asiste a una notable reafirmación del poder estadounidense. Estados Unidos era, antes del 11 de septiembre, la potencia mundial dominante en todos los ámbitos significativos, pero no sabía muy bien cómo ejercer su poder y dudaba entre un enfoque multilateral —del que era partidario Clinton y por el que su Administración luchó con bastante obstinación—, y la política unilateral, que no es sinónimo de aislacionista, de la que es partidario Bush. Las señales de esta última postura fueron evidentes en los primeros meses de su Gobierno: el rechazo al Protocolo de Kioto, el estancamiento de la regulación de los paraísos fiscales por la OCDE, la sigilosa salida de los convenios sobre guerra química, el escudo antimisiles, la actitud desdenosa hacia la ONU, por citar sólo algunas. El 11 de septiembre ha obligado a la Administración Bush a invertir algunas de estas medidas y paralizar otras.

Sin embargo, más importante que esto es el hecho de que ha inducido a gran parte del resto del mundo a tratar de colaborar de forma más estrecha con Estados Unidos. En esta crisis, Washington se ha aprovechado de su poder: cuando ha llegado su llamada a la cooperación, ha resultado difícil negarse. Éste es el segundo de los grandes cambios propiciados por el 11 de septiembre: aunque algunos aliados de Estados



Unidos se han alejado, sobre todo Arabia Saudí, el balance diplomático general le es favorable. Rusia, teniendo en cuenta sus propios intereses, ha consolidado una colaboración estratégica y política con Washington. Y China —para alarma de algunos en Oriente Medio, que la ven como el único miembro permanente del Consejo de Seguridad que no tiene un pasado colonial— se ha unido también a la campaña antiterrorista.

Frente a esto, sin embargo, está el tercero de los resultados: la consolidación, en cierta medida latente pero no presente antes de esa fecha, de una coalición mundial de sentimientos *antiamericanos*. La base de gran parte de la teoría ortodoxa de las relaciones internacionales es el concepto de «equilibrio de poder». Esto no significa una distribución equitativa del poder, sino un mecanismo autocorrector mediante el cual, si un Estado es demasiado poderoso, otros forman una alianza compensatoria contra él. Esto fue lo que ocurrió en respuesta a Napoleón en la década de 1800 y a Hitler en la de 1940. Sin embargo, esta fórmula del equilibrio de poder no funcionó después del final de la Guerra Fría. No había un bloque compensatorio de potencias militares o económicas, antes al contrario: parecía que todos deseaban estar en el bloque estadounidense y en las instituciones internacionales asociadas a él, como la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) y la Organización Mundial del Comercio (OMC). No obstante, si los Estados proclaman su adhesión, la opinión pública no. En todo el mundo, y no sólo en el musulmán, en el nivel del sentimiento popular, está cobrando forma algo similar a un equilibrio compensatorio de afectos.

Una cuarta dimensión es la gestión de la economía mundial. El 11 de septiembre, al deprimir ciertos sectores importantes del mercado —como las líneas aéreas, el turismo, el petróleo y los seguros— y propagar una falta de confianza entre los inversores y los consumidores, ha acentuado la tendencia, que ya era patente, hacia la recesión. En el ámbito de la energía, hizo bajar la demanda mundial de petróleo, lo que no sólo precipitó una caída de los precios del crudo sino que provocó una guerra de precios entre la Organización de Países Exportadores de Petróleo y los principales productores ajenos a esta organización (Rusia, Noruega y México).

Existe una renovada preocupación por reducir la dependencia del petróleo del Golfo Pérsico, que alberga dos terceras partes de las reservas mundiales y que ahora se percibe como una región de persistente inestabilidad. Los productores de las demás regiones, sobre todo Rusia,



los países del mar Caspio y Venezuela, insisten en sus presiones. Rusia parece haber conseguido parte de lo que desea, incluido el práctico abandono de los planes occidentales de construir un oleoducto desde el mar Caspio hasta Turquía fuera de su control. Los países del mar Caspio, sobre todo Azerbaiyán y Kazajistán, ofrecen cooperación militar y en materia de petróleo a Estados Unidos —aunque puede que sus propios regímenes no sean muy duraderos—. ¹ En cuanto a Venezuela, su ubicación estratégica ideal, en el hemisferio occidental, se encuentra, por el momento, con la oposición y la ira estadounidense hacia la independiente política exterior del presidente Hugo Chávez, que ha incluido críticas a las acciones en Afganistán.

El cambio económico más importante es que el 11 de septiembre ha vuelto a poner al Estado —y esto incluye al de Estados Unidos—, al frente de la administración de la economía mundial: la fe neoliberal en el mercado, ya erosionada, se ha debilitado aún más y los Gobiernos del mundo desarrollado prometen ahora subvencionar a los sectores con problemas, recurrir al ajuste fiscal y bajar los tipos de interés para contrarrestar la crisis. El cambio de orientación es notable, en toda la OCDE, hacia la intervención del Estado y de las instituciones financieras.

Desde el punto de vista de la política de poder regional, la quinta dimensión del cambio, la zona más afectada es Asia Occidental. Parece que Pakistán ha conseguido librarse de su aislamiento, y de muchos cientos de millones de deuda externa, pasándose al bando de Estados Unidos. Mientras resista el régimen militar del general Pervez Musharraf, podrá disfrutar de la mejora de sus relaciones con el mundo exterior: un Afganistán estable abriría la perspectiva de que los oleoductos y gasoductos de Asia Central vayan hacia el sur, hasta los puertos paquistaníes. Irán también se ha beneficiado: sus relaciones con el Reino Unido e incluso con Estados Unidos han mejorado, y su ministro de Exteriores Kharrazi se entrevistó con Colin Powell en Nueva York. Irán no quiere controlar Afganistán o verse «atrapado» allí, pero la victoria de la Alianza del Norte, mayoritariamente de habla persa, ha dado a Irán una nueva influencia en ese país y en Asia Central en general. Es un imperio que contraataca.

¹ Para un análisis de la inestabilidad en estos países, ver en este volumen el capítulo de Rosa Meneses Aranda, «El mundo musulmán bajo la sombra de Bin Laden».



La situación para el mundo árabe es sensiblemente distinta. Cualquier nueva campaña estadounidense contra Al Qaeda implicará operaciones, abiertas o encubiertas, contra sus redes en Yemen y Somalia, otros dos países donde el Estado es débil o inexistente. Por su parte, el régimen iraquí sabe que también podría estar en la lista de objetivos, pues el éxito en Kabul parece haber envalentonado a los «halcones» estadounidenses. Los europeos tratarán de contener a Washington, pero la acción contra Irak sigue siendo una posibilidad. Los Estados árabes del Golfo Pérsico también están en una situación incómoda debido al aumento de las simpatías hacia Al Qaeda entre los jóvenes en los últimos años. La población de Arabia Saudí, sobre todo, tiene fuertes sentimientos *antiamericanos* y es cada vez más crítica hacia la familia gobernante por el desempleo y los ingresos desproporcionados de la elite por el petróleo y los beneficios de la inversión. Aunque el régimen ha tratado de contrarrestarlo reduciendo la cooperación con Estados Unidos, lo único que ha conseguido con ello es suscitar un profundo antagonismo en el país del que, en última instancia, depende su supervivencia.

En cierto modo los acontecimientos han sobrepasado a los cautos, y a menudo indecisos, gobernantes de estos Estados productores de petróleo. Puede que Washington esté obteniendo con retraso las facilidades militares y parte de la información que ha pedido sobre presuntos terroristas y sus finanzas, pero a ningún presidente le será fácil arriesgar vidas de ciudadanos estadounidenses para defender la casa de Saud. Los estrategas de Washington ya están pensando en lo impensable: si Arabia Saudí entra en una grave crisis podría disolverse, como les pasó a Yugoslavia y la URSS, otros dos Estados creados en la misma época, en los años veinte. La cuestión pasaría a ser, entonces, cómo preservar los intereses económicos de Occidente y del mundo en estas regiones que producen petróleo y gas sin verse envueltos en la política interna. No ha ocurrido aún, pero podría ocurrir.

Por último, el contexto general de estos cambios, que ya estaba en marcha, es la globalización: aunque el 11 de septiembre pone en cuestión algunos aspectos de la misma, como la sensación de optimismo global en los ámbitos de la cultura y la economía, y la libertad de circulación para viajeros e inmigrantes, también ha ofrecido la oportunidad de hablar de un modelo de globalización más sensato y, quizá, más sostenible. Ahora se pondrán a prueba las instituciones mundiales de ges-



tión financiera y macroeconómica, que recibirán un mayor apoyo político. También se podría suscitar, como quedó de manifiesto en la reunión de la OMC en Doha, un debate sobre la liberalización del comercio mundial y la mejora del reparto de la riqueza.

Universalidad o relativismo

Sin embargo, estas cuestiones políticas se enmarcan en un contexto definido por otro conjunto de controversias, y opciones, sobre valores. Las más obvias afectan a la cuestión de la cultura y a la universalidad o relativismo de los valores. El 11 de septiembre no resolvió esta cuestión, sino que obligó a los partidarios del relativismo o comunitarismo a ponerse a la defensiva: por una parte, como ha mostrado la polémica pública en Occidente y Oriente, la afirmación de que existe una sola interpretación de un texto sagrado es cuestionable; por otra, la invocación de la diferencia para legitimar actos criminales o el rechazo, expresado culturalmente, de la responsabilidad y las obligaciones internacionales, es ahora un poco más difícil.

Otro cambio importante afecta a quién tiene la responsabilidad de hacer respetar o de violar los derechos humanos. Durante mucho tiempo la respuesta fue que era responsabilidad de los Estados. Pero el «no Estado», sea la familia, la tribu, el barrio o el representante autoproclamado de los oprimidos, es también responsable, y a menudo culpable, de violaciones de derechos humanos. Los debates sobre, por ejemplo, las violaciones de las normas de la guerra o la violencia contra la mujer o el racismo, han puesto de manifiesto la existencia de una responsabilidad combinada de Estados y sociedades respecto de las violaciones de los derechos humanos.

Todo esto se ha hecho más difícil por la constante ampliación de lo que se entiende como cuestiones «de derechos humanos»: la preocupación por los derechos políticos y de los individuos ha ido unida al compromiso con los derechos sociales y económicos y, por extensión, con los derechos colectivos, ya se trate de naciones, mujeres, niños, refugiados o discapacitados. Además, el alcance de la preocupación por los derechos humanos, y el activismo, abarcan ya cuestiones que antes se consideraban aparte, y que estaban codificadas en los Convenios de Ginebra de 1949 —vinculantes para los Estados—, y en los Protocolos



Adicionales de 1977 —que implicaban a los grupos de oposición— sobre los usos legítimos de la violencia.

Este conjunto interrelacionado de cuestiones éticas y de derechos ha demostrado que, aunque ninguna política puede dejar estas cuestiones de lado, la certeza de que hay una única respuesta basada en los derechos humanos, o una sola opción «ética» clara, podría inducir a error. Puede que quienes trabajan en el reparto de ayuda humanitaria tengan que sobornar a caudillos locales y a criminales de guerra encausados con combustible, alimentos y medicinas. Puede que quienes se preocupan por los derechos de las personas, de las mujeres, por ejemplo, tengan que hacer caso omiso de los valores presuntamente «auténticos» o «tradicionales» de ciertas religiones y comunidades. De hecho, puede que una consecuencia deseable de este debate sobre los derechos humanos, más agudo tras el 11 de septiembre, sea una postura más enérgica y crítica hacia las reivindicaciones de comunidad y diferencia.

Se ha hablado mucho del reto que el 11 de septiembre supone para la globalización. Por un lado se puede afirmar que ha debilitado el optimismo liberal que subyace en la globalización, y no sólo respecto de la seguridad en los viajes. Pero también podría ocurrir que ese reto desembocara en un compromiso más fuerte con la globalización. Ha recordado a quienes —en un arrebato de optimismo liberal y cosmopolita, o en una crítica radical semianarquista a las instituciones globales— puedan haberlo olvidado que, sin seguridad global, y sin una seguridad sostenida por poderes capaces y decididos, no habrá ninguna globalización. El compromiso con la seguridad militar, combinado con un compromiso más general aunque inquebrantable con los valores democráticos y laicos, es requisito esencial para toda resistencia a largo plazo hacia ataques terroristas. Ese mensaje, sensato y pertinente, podría ser uno de los resultados positivos de las convulsiones del otoño de 2001.

Una crisis mundial y general

La crisis desencadenada por los acontecimientos del 11 de septiembre es mundial y general. Es mundial en el sentido de que implica en el conflicto a muchos países, además de Estados Unidos y ciertas áreas del mundo islámico. Y general porque, más que ninguna otra crisis interna-



cional vivida hasta ahora, afecta a una gran diversidad de niveles de la vida: el político, el económico, el cultural y el psicológico. Cuando se intenta comprender intelectualmente este trascendental proceso, la primera reacción es recurrir a una analogía histórica. En la historia universal cabe mencionar Sarajevo, 1914, cuando un único acto terrorista, en este caso el asesinato del archiduque Fernando de Austria y su esposa, precipitó la Primera Guerra Mundial y con ella el final del orden imperial en Europa; o la Operación Barbarossa y Pearl Harbour en 1941: respectivamente, los ataques de Alemania contra la URSS y de Japón contra Estados Unidos.

Si las causas se remontan a la historia de los mundos árabe e islámico y de la interacción de Occidente con ellos y con el mundo no europeo en general, las consecuencias del 11 de septiembre se prolongarán durante mucho tiempo en el futuro. Una medida del impacto de estos hechos es que no se concentran en una sola región geográfica o en un solo aspecto de la vida, el militar o el económico. Se identifican consecuencias en al menos cinco niveles: el compromiso militar de Estados Unidos y de sus aliados en Afganistán y posiblemente en otros países; los cambios en las relaciones entre Estados, en cuanto a diplomacia, resolución o agravamiento de conflictos locales y regionales; un cambio claro, reformista cuando no revolucionario, dentro de los países desarrollados en las disposiciones sobre seguridad, inteligencia, vigilancia y cumplimiento; las consecuencias a largo plazo globales, sociales y económicas de la crisis posterior al 11 de septiembre; y las secuelas culturales, filosóficas y psicológicas de la violencia y la inseguridad que han sentido todas las sociedades. Un efecto del 11 de septiembre es el enorme aumento de la inseguridad, no sólo en los países presuntamente asociados al terrorismo, sino también en los demás; una inseguridad en el terreno económico y en el mercado que se agravará por la inseguridad personal. Son numerosos los países donde no existía seguridad política antes del 11 de septiembre, pero en otros muchos sí existía y era un bien, personal y público, al que todas las personas podían, razonablemente, aspirar. Además, seguramente para quienes ya vivían en medio de la guerra o la inseguridad el 10 de septiembre, el 11 habrá empeorado las cosas.

A esta inseguridad omnipresente hay que añadir el carácter único y opaco del conflicto. Los terroristas no han agotado sus opciones: al igual que en la planificación de la guerra nuclear, también en este tipo de



ofensiva, un plan para que el primer golpe por sorpresa tenga éxito podría ir acompañado de la capacidad para asestar un segundo golpe.

Algunas de las cosas que han ocurrido después del 11 de septiembre son procesos que, en cierta medida, ya estaban en marcha, como la recesión mundial, la creciente hostilidad hacia los inmigrantes y refugiados en los países desarrollados y la reafirmación por Estados Unidos de su hegemonía militar. Pero el 11 de septiembre ha invertido algunas tendencias dominantes hasta ese momento. La más evidente es el paso de las certidumbres de las políticas de mercado neoliberales a la intervención de los Estados de la OCDE, sobre todo de Estados Unidos, en sus economías: subvenciones, inyecciones de dinero en los mercados, incentivos fiscales, así como una actitud menos permisiva hacia los paraísos fiscales y el blanqueo de dinero. Llevará años evaluar las consecuencias.

Los Gobiernos del mundo hablan, cómo deben hacer y cómo, en virtud del artículo 51 de la Carta de la ONU, podrían hacer, una guerra contra un enemigo. Pero éste es un enemigo que no constituye una amenaza estratégica y contra el que no puede haber un final fácil o predecible. Por tanto, esto no es una guerra, en el sentido de una gran movilización con un fin estratégico o calculable claro.

No hay un objetivo estratégico claro y, sobre todo, no hay una salida clara. De hecho, como reconocieron enseguida los estrategas estadounidenses, no sólo no hay ningún remedio mágico, sino tampoco ningún criterio, salvo la paz y la tranquilidad universales, que pueda representar el final de este conflicto. Aquí también es importante evitar la exageración. Ésta no es la primera guerra del siglo XXI: los habitantes de Grozny, Juba, Prestovo, Colombo, Kabul, por no mencionar Srinagar, Nablus y Medellín, tendrían buenos motivos para poner en entredicho esa afirmación. Quienes tratan de utilizar estos hechos no para aprobar la matanza en Estados Unidos sino para cuestionar el abandono político y moral de que han sido objeto anteriormente otros conflictos tienen derecho a hacerlo, pero puede que entre las víctimas más importantes de estos hechos estén, precisamente, quienes están atrapados en esos conflictos. La respuesta a esta contradicción moral debe y puede ser elevar la indignación y la preocupación diplomática por estas otras cuestiones al nivel expresado después del 11 de septiembre respecto de lo ocurrido en Nueva York y Washington.



Explicaciones: la historia

El 11 de septiembre del 2001 fue posiblemente un hecho único por su forma y su repercusión, y plantea muchas cuestiones más generales que deberán afrontarse en los próximos años. La primera cuestión es la causa. Aquí cabe distinguir entre las causas remotas y las más inmediatas o coyunturales. Se ha hablado mucho de los antecedentes lejanos: algunos invocan las Cruzadas, los ataques de los cristianos de Occidente contra el mundo islámico que comenzaron en el siglo XI; otros, el concepto islámico de guerra, la *yihad*. Bin Laden afirma que el conflicto viene desarrollándose desde la década de 1920. En sus declaraciones de octubre de 2001, Bin Laden invocó un marco temporal de «80 años», aunque no explicó a qué se refería exactamente, si a la caída del Imperio Otomano o a la toma del poder por los británicos en Palestina. Algunos de sus socios han invocado la expulsión de los árabes de España en 1492. Pero la imagen de las Cruzadas significa poco para quienes viven fuera del mundo árabe mediterráneo, y la expresión «Guerra de Cruzadas» (*al harb al salibiyya*) ha entrado recientemente en el vocabulario genérico islámico. La *yihad* es un término inapropiado, pues el motivo correcto, coránico, era que los ejércitos del islam querían convertir al islam a aquellos que conquistaban, mientras que, con independencia de qué más haya en juego, este deseo de conquista es irrelevante en el contexto contemporáneo.

Hay otros dos contextos históricos inmediatos que son importantes para el 11 de septiembre: el colonialismo y la Guerra Fría. Las herencias de ambos, seguidas por las desigualdades asociadas a la globalización, han suscitado en Oriente Medio y en otras partes del mundo un resentimiento generalizado contra Occidente. El colonialismo creó el sistema de Estados en Oriente Medio después de 1918, pero también dejó un conjunto de cuestiones no resueltas que desde entonces vienen alimentando el conflicto y un sentimiento de rencor hacia Estados Unidos y otros. Aquí se incluye el problema palestino, la cuestión kurda y el estatuto de Kuwait, y la propia sensación de relaciones frustradas con el mundo exterior. Dado que no hubo reivindicación de los atentados cometidos contra Estados Unidos, nadie puede estar seguro de su significado exacto, si es que lo tiene, pero en un marco general es una fecha que tiene tres resonancias: como eco del «Septiembre Negro» —*Ayul al aswad* en árabe—, el ataque del 17 de septiembre de 1970



del rey Hussein de Jordania contra las fuerzas palestinas en su país; como recordatorio del día de 1683 en que, según se cuenta, fueron derrotados los ejércitos otomanos a las puertas de Viena; y como el día de 1973 en que el general Augusto Pinochet lanzó su sangriento golpe de Estado contra el Gobierno, democráticamente elegido, de la Unidad Popular en Chile. Cabría dudar de que este último, tan alejado del mundo islámico, o el segundo, una fecha poco conocida en la historia otomana, significaran algo para los secuestradores aéreos de la costa este estadounidense. Pero estas resonancias sí sugieren que el hecho ha de verse en un contexto más amplio de conflicto entre el mundo desarrollado y el mundo no europeo. Aunque sólo sea porque, por primera vez en quinientos años de interacción de Europa y el «Norte» con el Sur, éste ha asestado un golpe significativo a un territorio, unas ciudades y unos símbolos hegemónicos del Estado dominante. El hecho de que haya ocurrido de una forma criminal y destructiva no presagia nada bueno para la mayoría de la población del mundo. El que, en sus declaraciones, Al Qaeda limitara sus llamamientos sólo a una parte del mundo no europeo, y fuera racista hacia los no musulmanes en general y los judíos en particular, era algo que formaba parte del crimen. El colonialismo, el largo arco de siglos de interacción de Occidente con el resto del mundo, tiene sólo una pertinencia limitada para el análisis.

A la era del colonialismo (aproximadamente entre 1870 y 1945) le sucedió la Guerra Fría (1945-1990). Algunos comentaristas han sugerido que el 11 de septiembre supuso el auténtico final de ésta, en el sentido de que fue el comienzo de un nuevo conflicto mundial que sustituía a la era posterior a 1945. Para otros, el conflicto entre Occidente y el mundo islámico ya era, en sí mismo, una nueva Guerra Fría, una nueva rivalidad mundial que sustituía a la antigua. Pero estas invocaciones de guerra total fallan por su base. Aquellos para quienes las relaciones entre el mundo islámico y Occidente constituyen una «guerra fría» están en un error: el conflicto actual con algunos Estados musulmanes y con la mayor parte de la opinión pública musulmana no es en absoluto un conflicto mundial, y no sólo porque el islam no tiene ningún atractivo para las poblaciones de los Estados occidentales desarrollados y carece de potencial militar o económico estratégico. Los que consideran este enfrentamiento como un sustituto de la Guerra Fría están equivocados porque el auge de los grupos fundamentalistas no es posterior a la Guerra Fría, sino un resultado esencial de ésta.



De hecho, la Guerra Fría contribuyó a esta crisis y en concreto a la destrucción de Afganistán a partir de 1978. Se puede insinuar una «teoría de los dos cubos de basura» heredados de la Guerra Fría: si el sistema soviético dejó una masa de armas nucleares, químicas y biológicas incontroladas y de problemas étnicos no resueltos, Occidente legó un grupo de bandas criminales, desde la Unión Nacional para la Independencia Total de Angola (UNITA) y los exiliados cubanos en el Caribe y Miami hasta los *myahidin* de Afganistán. Hay una íntima relación entre el auge de los grupos integristas islámicos armados y el aplastamiento de la izquierda en la Guerra Fría. En dos países en concreto, las milicias integristas islámicas transnacionales asociadas a Bin Laden fueron utilizadas primero, no contra Occidente, sino contra las fuerzas locales de la izquierda: el Partido Popular Democrático de Afganistán (PPDA) y el Partido Socialista de Yemen (PSY), fuerzas prosoviéticas en el poder en sus respectivos países.

Éste es otro ejemplo llamativo de la negación de responsabilidades omnipresente tras el 11 de septiembre, negación que se encuentra tanto en Oriente como en Occidente: los líderes e intelectuales del mundo árabe y, más en general, del mundo islámico, han sido criticados con razón por no contrarrestar los semiargumentos y la demagogia de los islamistas. Pero también hay una llamativa responsabilidad occidental, por avivar movimientos islamistas en el período de la Guerra Fría y ayudar a promover formas de terrorismo autónomo que culminaron en los talibán y Al Qaeda. Se dice que después de la Guerra Fría, Occidente «abandonó» Afganistán. Esto es válido, pero hay que hacer dos precisiones: en primer lugar, ni Occidente ni Oriente encendieron la chispa que provocó la explosión de la sociedad afgana a finales de los años setenta, sino los propios afganos. El conflicto comenzó como una guerra civil afgana y terminará como tal. Parte de la responsabilidad debe recaer sobre los comunistas afganos, especialmente en la facción *Khalq*, dominante en el PPDA, que gobernó el país después de abril de 1978 y que tanto hizo para provocar a la sociedad afgana. Afganistán fue un ejemplo, más extremo que Irán, Argelia, Egipto o Turquía, de rebelión contra un Estado laico y modernizador.

En segundo lugar, no fue el abandono de Occidente en 1989 sino otros tres hechos los que desempeñaron un papel decisivo en la violencia que se desencadenó a continuación. Uno fue la decisión, adoptada poco después de que el PPDA llegara al poder en 1978 y reforzada



después de la llegada de las tropas soviéticas en 1979, de armar y financiar a los *muyahidin*. A esto le siguió la catastrófica decisión adoptada por Estados Unidos en 1988 de sabotear el acuerdo internacional asociado a la retirada de las fuerzas soviéticas. El secretario general de la ONU había trabajado durante ocho años, junto con diplomáticos de otros países, para obtener una retirada negociada de la URSS. Al final, en Ginebra, en 1988, la URSS accedió, con la condición de que Occidente y Pakistán dejaran de armar a los *muyahidin*. Pero, desde el mismo día de la firma, la Administración Reagan rompió el acuerdo y continuó su política de respaldarlos. Esta decisión ilegal, tomada dentro de la estrategia global estadounidense de la Guerra Fría, fue el origen del caos y de los combates posteriores, que desembocaron en el triunfo de la guerrilla islamista en 1992. La tercera decisión fatídica fue tomada por Pakistán y Arabia Saudí y, al menos en cierta medida, permitida por Occidente: crear el movimiento talibán y apoyar su ofensiva para tomar el poder en 1994-1996. De estas tres medidas, las dos primeras fueron consecuencia directa de la Guerra Fría.

La crisis de Asia Occidental

Hasta aquí las causas remotas del 11 de septiembre de 2001. Las causas coyunturales están en la formación de lo que cabría denominar nueva crisis integrada de Asia Occidental. La imperfecta expresión «Asia Occidental» se utiliza para designar una zona que, además de los países del mundo árabe e Irán, abarca a Afganistán y Pakistán. En varios países se ha producido un debilitamiento, cuando no el hundimiento, del Estado: en los años setenta y ochenta en Líbano, más recientemente en Afganistán y Yemen. Es en estos países, donde hay zonas importantes fuera del control gubernamental o donde el Gobierno trata de conciliar a grupos armados autónomos como Al Qaeda, en los que ha prosperado una cultura de violencia y de demagogia religiosa.

Esta crisis tiene tres características principales: la primera es la nueva pauta de conexiones entre conflictos que hasta ahora eran distintos; la segunda, la crisis del Estado en esta región y la tercera, el surgimiento de un nuevo islamismo, transnacional y fundamentalista. Existe una confusión importante sobre la interrelación entre los diferentes centros de conflictos. En Occidente es habitual hablar del problema o de la



crisis «de Oriente Medio» para referirse a la cuestión árabe-israelí, y esto se refleja en parte de la retórica que surge de esta zona. Paralelamente a esto, casi toda la opinión pública árabe atribuye un papel omnipresente, cuando no determinante, en la historia moderna de la región a la creación del Estado de Israel. Israel, por su parte, ve las políticas de otros Estados únicamente en su relación con el conflicto árabe-israelí. Nadie que estudie la historia de esta región puede dudar de que, desde el final de la Primera Guerra Mundial, sí ha habido relación entre los diferentes conflictos y movimientos de la zona: no se puede escribir la historia del nacionalismo árabe sin tener en cuenta el papel de Palestina. No se puede valorar la estrategia estadounidense general en la región sin tener en cuenta su relación con Israel, igual que la de Francia, que hasta los años sesenta fue el mejor aliado de Israel. Ahora se ve, en la creciente ira árabe hacia Estados Unidos a causa de Palestina, combinada con las simpatías cada vez mayores por Irak, otra interrelación de este tipo. En este sentido, Sadam Hussein tenía y tiene razón cuando habla de «conexión» entre las dos zonas de conflicto, Palestina y el Golfo Pérsico. De hecho, fue el reconocimiento de la pertinencia de esta afirmación de Sadam lo que indujo a la Administración republicana y, concretamente, al secretario de Estado James Baker, a impulsar las negociaciones árabe-israelíes de Madrid en 1991.

Pero estas afirmaciones de conexión no deberían llevarse demasiado lejos. Sadam lo utiliza por motivos premeditados, para aparecer como adalid de la causa palestina, algo que nunca ha sido, y distraer la atención de las graves violaciones de derechos humanos que comete dentro de su país y de los actos de agresión contra sus vecinos. Oriente Medio está integrado por más de dos docenas de Estados, con problemas y capacidades muy diferentes, y no puede reducirse a un único conflicto, con independencia de las conexiones que pueda haber entre ellos. Israel no desempeñó ningún papel significativo en la guerra Irán-Irak de 1980-1988 ni en la ocupación iraquí de Kuwait. La denegación de derechos a los seis millones de palestinos tiene causas muy diferentes de la denegación de derechos a los treinta millones o más de kurdos. El conflicto de Líbano, que estalló en 1975, pese a que fue exacerbado por israelíes, sirios y palestinos, tenía sus raíces en las cambiantes relaciones entre las propias comunidades libanesas. Otra constante de la política y de las preocupaciones externas en Oriente Medio es el precio del petróleo, que está determinado por muchos factores, algunos de los cuales guardan



relación con la economía mundial y otros con el clima; algunos de los cuales son especulativos y otros políticos. Por ejemplo, el precio del petróleo desde 1970 hasta 2000 poco tiene que ver con los palestinos o, para el caso, con Afganistán. Hay que reconocer las interconexiones, pero es mejor evitar las reducciones simplistas, con independencia de lo que afirmen los amigos e interlocutores de la región.

Esta conexión retórica se ve agravada por algo nuevo y relacionado fundamentalmente con el 11 de septiembre de 2001 y sus secuelas, y es la forma en que, en los últimos años, los conflictos históricamente distintos de Afganistán, Irak y Palestina se han ido conectando cada vez más entre sí. Los combatientes en cada uno de ellos, tanto el nacionalista laico (Sadam) como el fundamentalista islámico (Osama Bin Laden), describen la causa de la resistencia a Occidente y a sus aliados regionales en el mundo musulmán como una sola. Lo que es más importante, observan que relacionar estas crisis es una oportunidad para movilizar el apoyo para su objetivo principal, que es conservar o tomar el control de sus propios países. Hace dos o tres décadas, las conexiones eran mucho más débiles, incluso entre Palestina y el Golfo Pérsico. Ahora estos dos epicentros están vinculados, con extensión a Bosnia en el noroeste y a Afganistán y Cachemira en el este y el sur. Ésta es la nueva geografía política, retórica y militarizada, de la nueva gran crisis de Asia Occidental.

Un actor clave: el Estado

No obstante, esta crisis de Asia Occidental se ha desarrollado en un contexto no sólo de conflicto dentro de los Estados de la propia región y entre ellos y Occidente, sino también de crisis del propio Estado. En tres formas significativas, la institución que subyace y seguirá viviendo en el centro de esta crisis es el Estado. En primer lugar, la meta de los movimientos fundamentalistas y militantes que devastan Asia Occidental en los últimos años no es religiosa, en el sentido de fe, ni cultural, en el sentido de valores, sino política: es arrebatar el poder a quienes controlan los Estados y, una vez que tienen ese poder en sus manos, mantenerse en él. Ésta es la lógica y la función estratégica del 11 de septiembre.

En segundo lugar, el propio auge del fundamentalismo está íntimamente relacionado con el carácter de los Estados. En algunos países,



como Irán, Argelia, Egipto y Turquía, el fundamentalismo ha adoptado la forma de una rebelión contra el Estado. En estos casos, un Estado modernizador relativamente fuerte es cuestionado por movimientos de oposición sociales y políticos. En un caso, Irán, éstos triunfaron, y en todos los demás, no. Sin embargo, en otros países donde el Estado era mucho más débil, se siguió un modelo diferente. Aquí radica una de las características específicas de la organización Al Qaeda: ha surgido y se mantiene en países donde el Estado es muy débil. Es significativo que el colonialismo no afectara a algunos de los países de la región y es aquí donde nunca se creó un Estado moderno eficaz: Afganistán y la parte septentrional y más grande de Yemen son dos ejemplos. En estos casos no fue una rebelión contra un Estado modernizador, sino más bien la *ausencia* histórica de un Estado, lo que sirvió de contexto para las guerras modernas y el auge de las milicias armadas transnacionales. Los fundamentalistas, armados y financiados desde otros Estados, pudieron establecerse en estos países y, lo que es más significativo, formar alianzas con los Estados débiles en el centro. Éstos no pudieron controlar el medio rural ni a los fundamentalistas, pero hicieron tratos con ellos y los utilizaron en su lucha contra otras fuerzas rivales, y especialmente contra la izquierda.

Sin embargo, el Estado es fundamental en otra dimensión más polémica: la organización de los propios grupos terroristas. Es fácil, demasiado fácil, ante cualquier grupo terrorista, decir con seguridad que está actuando a instancias o como agente de una potencia extranjera, pero esto puede ser sólo una forma de evitar analizar las causas del estallido de la violencia. Por su parte, los grupos terroristas tratan de ocultar el grado de apoyo que obtienen de los Estados, en dinero, entrenamiento y logística. En ausencia de pruebas, esta cuestión debe permanecer abierta. El historial del terrorismo en Oriente Medio en los últimos años sugiere que, en muchos casos, el grado de implicación estatal en actos de violencia cometidos por grupos aparentemente independientes o clandestinos es mayor de lo que parece a primera vista: no todos los grupos terroristas, pero sí muchos de ellos, han recibido apoyo de Estados, aun cuando se originaron de una forma autónoma. Al Qaeda comenzó como una aliada de los combatientes de oposición en Afganistán pero, al igual que estos, recibió apoyo de dos Estados de la región: Pakistán y Arabia Saudí. Una vez que los talibán llegaron al poder en Afganistán, en 1996, formaron una estrecha alianza con Al Qaeda. De hecho, puede parecer



que, dado que los propios talibán carecían de suficiente apoyo económico y militar, encontraron en Al Qaeda un aliado militar y organizativo de considerable importancia para mantenerse en el poder. Pese a que aparentan ser independientes de los Estados, los responsables de los sucesos del 11 de septiembre y sus antecedentes estaban estrechamente relacionados con al menos un Estado y participaron en su consolidación.

Los Estados seguirán siendo fundamentales en el conflicto derivado del 11 de septiembre, pues su resultado dependerá de los Estados y de su capacidad para sobrevivir al conflicto. No hay duda respecto de la capacidad de los Estados occidentales para sobrevivir a este conflicto a cualquier precio. Menos seguro es el resultado que tendrá en varios Estados árabes y musulmanes implicados en la crisis: Pakistán, Arabia Saudí, Yemen, podrían verse afectados por trastornos desde dentro, si no inmediatamente, sí dentro de meses o años. El marco temporal podría ser largo. El 11 de septiembre fue un terremoto que debilitó la estructura de muchos regímenes: puede que no caigan enseguida o incluso que no caigan, pero su propensión a ser derrocados es mucho mayor. Hay una analogía con lo ocurrido en 1948, en la primera guerra árabe-israelí: el mundo árabe perdió esa guerra y sus regímenes sobrevivieron. Pero con el paso del tiempo, los choques de 1948-1949 golpearon a los Estados árabes, cuando la pérdida de credibilidad de los regímenes y el surgimiento de un nacionalismo más combativo cuestionó a los gobernantes en el poder: los casos más espectaculares fueron los de Siria en 1949, Egipto en 1952 e Irak en 1958.

Transnacionalismo y violencia islámica

Esto conduce a la tercera causa coyuntural. Se ha hablado del propósito político que subyace en el proyecto islámico. Pero esto por sí sólo no puede explicar la forma, ni la estrategia, del movimiento que atacó a Estados Unidos en septiembre de 2001. El islamismo —una corriente política dentro de Oriente Medio y otras partes del mundo que tiene por objetivo establecer un Estado y una sociedad basados en principios religiosos— se remonta por lo menos a los años veinte. Es una respuesta a los desafíos modernos que afrontan estas sociedades: la dominación colonial, el surgimiento de partidos de masas de carácter laico, ya sean nacionalistas o comunistas, y las medidas adoptadas por los



Estados modernizadores, comenzando por Turquía e Irán, para introducir un ámbito laico de leyes, educación y política. En el período posterior a 1945, durante los años cincuenta y sesenta, estos movimientos fueron alentados por la Guerra Fría, pero fue la revolución iraní de 1979 —que por primera vez llevó a un movimiento islamista al poder— lo que les dio un nuevo impulso.

Sin embargo, Irán pone de manifiesto tanto el triunfo como los límites de estos movimientos. A corto plazo, el triunfo de Jomeini dio alas a movimientos similares en otros países, ya fueran países suníes, como Egipto y Arabia Saudí, o shiíes, como Afganistán y Líbano. Sólo en Líbano tuvo algún éxito Hezbolá, como principal oponente de las fuerzas de ocupación israelíes en el sur.

La revolución iraní no se propagó a otros países. Con el paso del tiempo, la experiencia del pueblo iraní indujo a que se cuestionase dentro del propio país el propósito y el coste de la revolución. En otros países, los movimientos islamistas comenzaron a destacar, pero a costa de recurrir cada vez más a la violencia, en lugar de a la movilización popular y el programa islamista que había caracterizado a Irán. En Argelia y Afganistán, la razón de ser de estos movimientos adoptó una forma cada vez más virulenta: divorciados de las instituciones o líderes establecidos, basándose cada vez más en el terror, esta segunda generación de islamistas se convirtió en una fuerza sin estrategia ni límites, atrapada en un ciclo de violencia.

Estos son los antecedentes del tipo particular de islamismo militarizado que propugnan los talibán y Al Qaeda. Desde el punto de vista de la gran crisis de Asia Occidental, representa la fusión —en una forma nunca vista antes— de movimientos radicados en el mundo árabe con otros influidos por el islamismo del sur de Asia. El fundamentalismo de los árabes y el de los afganos era inicialmente diferente: los primeros eran descendientes del islam austero promovido en el siglo XVIII por el movimiento wahabí, que llegó al poder con la creación de Arabia Saudí en 1926; los segundos estaban influidos por una tendencia conservadora del islam indio llamada deobandi. Los deobandis eran inicialmente débiles en Afganistán, pero por medio de un grupo paquistaní que promovió sus ideas, *Jamiat ul Ulema i Pakistan*, llegaron a tener una influencia significativa sobre la juventud afgana, especialmente entre la que vivía en los campos de refugiados de Pakistán. La atmósfera de fundamentalismo militante entre estos jóvenes varones, que vivían en



madrasas o escuelas religiosas desde edad temprana, sin contacto con su familia ni con mujeres, engendró los reclutas de lo que se convertiría en el movimiento talibán.

El reclutamiento de árabes para combatir contra las fuerzas soviéticas en Afganistán vinculó a estos combatientes a las redes de la política paquistaní y creó una nueva y explosiva mezcla organizativa. Cuando cayó el régimen del PPDA en 1992, había en Afganistán un gran número de combatientes árabes vinculados a las fuerzas conservadoras de este país y a las redes deobandis de Pakistán. La creación del movimiento talibán en 1994, por los servicios de inteligencia paquistaníes que trabajaban con fondos saudíes, proporcionó un marco para que los árabes encontrasen un aliado, al tomar el poder en Afganistán y trabajar para hacerlo en otros países. Por tanto, confluyeron tres elementos: la reafirmación de las tendencias más tradicionales del pensamiento islámico, el embrutecimiento y la militarización de los propios grupos islámicos, y un ejército transnacional libre y flotante de combatientes que obtenían apoyo de Pakistán, del mundo árabe, del sureste asiático y de Chechenia, con base en Afganistán. En el contexto de la gran crisis de Asia Occidental, y la rebelión contra los Estados de la región y sus partidarios occidentales, surgía ahora un desafío organizado y militante.

Cuestiones analíticas: cultura, violencia, Estados Unidos

El choque cultural

El análisis se limita aún más con invocaciones a la cultura, con las menciones a un «choque de civilizaciones» y a una incompatibilidad entre los valores occidentales y los islámicos. Esta cosmovisión no es sólo un producto de la hostilidad occidental hacia el mundo musulmán, o un estigma impuesto a los musulmanes por «Occidente»: hay algunas personas, quizá demasiadas, en el mundo musulmán y en la comunidad musulmana de Europa Occidental, que también propugnan esta demagogia y que han respondido de esta forma a los hechos del 11 de septiembre. Prefieren los análisis simplistas tanto como muchos nacionalistas de Occidente, pero la controversia no se resolverá, ni se explicarán estos hechos, invocando choques culturales ni buscando en textos sagrados citas a favor y en contra de la violencia y de la resistencia. Todas las religiones tienen textos y precedentes que legitiman la violencia, el



terror y el sacrificio absurdo de las personas. En el judaísmo y el cristianismo, el Deuteronomio y el Libro de los Jueces; en el Corán, la *Surat al anfal* y la *Surat al tawba*. Ésta es la razón por la que el bien intencionado proyecto de los últimos años, respaldado por muchos en Occidente y en el mundo musulmán, de «diálogo» entre civilizaciones, es insuficiente. La coexistencia es mejor que la guerra, pero en cuanto se admite la diferencia fundamental y la legitimidad de las culturas —e implícitamente de quienes, normalmente ancianos con barbas, las interpretan— uno queda atrapado en una telaraña. El marco normativo para abordar estas cuestiones de conflicto entre Estados y de diferencias dentro de ellos no tiene que ser en absoluto cultural ni de civilizaciones, sino universal, y debe estar basado en el derecho internacional y en los principios de la ONU.

La política y el uso de la violencia, de la cultura y del texto son instrumentos contingentes y no causas. Cuando así lo desean, personas de todas las culturas pueden cometer atrocidades y justificarlas. La invocación confusa y retórica del choque cultural se encuentra en los dos bandos. Hacen falta dos para que haya un «choque de civilizaciones» y en ambos bandos hay quienes utilizan el conflicto actual para promoverlo. La teoría de Samuel Huntington se basa en dos proposiciones que no son triviales, pero que no tienen nada que ver con el choque cultural: la inevitabilidad del conflicto entre Estados y la necesidad de que Estados Unidos promueva sus propios valores culturales. Esta teoría olvida, sin embargo, la causa más importante de los hechos del 11 de septiembre, que también definirá sus consecuencias en el mundo musulmán: el gigantesco, prolongado y violentísimo choque *dentro* del mundo musulmán entre quienes quieren reformar y secularizar y aquellos cuyo poder se ve amenazado o que desean tomar el poder en nombre del fundamentalismo. Esta guerra interna es la base de los conflictos que se están desarrollando en las últimas décadas en Pakistán, Irán, Egipto, Turquía y, con la máxima violencia, en Afganistán. En todas las sociedades, el fundamentalismo religioso tiene un solo objetivo; esto se aplica igual a los *haredim* de Israel, a los vendedores de Biblias de América, a los fundamentalistas islámicos de Oriente Medio y a los chovinistas hindúes de la India. Y el objetivo no es convertir a otras personas a sus creencias, sino tomar el poder, político, social y de género, dentro de sus propias sociedades.



Violencia y terror

Estos hechos ponen de relieve cuestiones relacionadas con la historia, la causalidad, el Estado y la cultura. También llaman la atención sobre la cuestión de la violencia y su fenómeno conexo: el «terrorismo». Aquí parecen estar en juego dos discursos frecuentes y peligrosos. Por un lado, los autores de los hechos del 11 de septiembre y de otros actos de violencia contra civiles sostienen la opinión de que la violencia extrema, y en realidad cualquier tipo de violencia, está justificada para obtener un objetivo político. Esto cubre dos objetivos políticos del terrorismo: desmoralizar al enemigo y movilizar a los partidarios. Por otro lado, muchos Estados del mundo, en Oriente Medio y en otras regiones, como los rusos en Chechenia, sostienen la opinión de que la violencia extrema está justificada en defensa de su Estado. Hay sombras de este discurso en declaraciones que salieron de Estados Unidos tras el 11 de septiembre.

Este enfoque hacia el terrorismo es confuso e innecesario e implica motivaciones oportunistas. Pero éstas no son cuestiones sujetas a una definición arbitraria: Estados Unidos debe hacer frente a sus propias violaciones de las normas internacionales. La denuncia del 11 de septiembre por George Bush abre la discusión a otros grupos a los que él y sus antecesores en el cargo podrían haber respaldado —los *muyahidin* afganos, la *contra* nicaragüense y, más recientemente, los rebeldes del sur de Sudán—, que sin duda cometieron actos de terror y a quienes muchos consideran terroristas. El enfoque oportunista no se limita, sin embargo, a los Estados.

Hay normas sobre el uso de la fuerza que son legítimas y que se aplican por igual a los oponentes de los Estados y a los Estados. Sin duda, todas las culturas y todos los Estados aceptan el principio de la resistencia justa a la opresión. Todas las culturas permiten igualmente, como hace el artículo 51 de la Carta de la ONU, que los Estados actúen en defensa propia. Pero los Estados son los mayores perpetradores de violencia y terror. No hay que olvidar que la palabra «terrorismo» no nació aplicada a las tácticas de los rebeldes sino como un brazo de la política del Estado, en las revoluciones francesa y rusa.

Sin embargo, existen principios generales —algunos consagrados en debates históricos y otros en el derecho internacional, incluidos los Convenios de Ginebra y sus Protocolos—, que proporcionan una base para tratar esta cuestión. Estos principios limitan la violencia que disi-



dentes y Estados pueden utilizar legítimamente. Aquí no hay, digan lo que digan los demagogos de Oriente y Occidente, ninguna barrera entre los códigos occidentales o internacionales y los del mundo musulmán. Todas las religiones contienen pasajes que pueden citarse para justificar el terrorismo y actos de barbarie en la guerra. Pero para quienes desean utilizarlos o encontrarlos, también hay principios de moderación.

La política estadounidense

Ya se ha hablado del presunto choque cultural entre el mundo musulmán y el occidental. Sin embargo, hay otra cuestión cultural presente en los debates sobre el 11 de septiembre: las actitudes, no hacia Oriente y el mundo islámico, sino hacia Occidente y Estados Unidos. La cuestión de las actitudes hacia Estados Unidos estaba presente en las mentes de quienes atacaron Nueva York y Washington el 11 de septiembre: evidentemente odiaban el Estado, el país, la cultura, sus leyes y, sobre todo, a su pueblo y a todos los que eligieron trabajar allí o, como turistas, visitarlo. Pero más importante es que es una de las consecuencias más palpables del 11 de septiembre es un sentimiento internacional generalizado de que Estados Unidos merecía, o en cierto modo provocó, este ataque.

Estados Unidos es un país con unos antecedentes, en el interior y en el exterior, que suscitan críticas e indignación, en algunos casos con razón: Vietnam, Nicaragua, el olvido de los derechos palestinos, Cuba, la burda irresponsabilidad de sus leyes sobre armas de fuego y de sus medios de comunicación, el insidioso papel de la religión y del dinero en la vida pública, por citar sólo algunos. Pero estas críticas han de ir aparejadas, y a menudo no lo hacen, al reconocimiento de lo que el país significa y significará para el mundo en general. Demasiadas discusiones sobre Estados Unidos, en Europa Occidental y en otras regiones, están guiadas por una serie de prejuicios perezosos y por una animosidad pocas veces acompañada de una valoración informada o medida de esa sociedad.

Se ha hablado mucho del militarismo y la beligerancia estadounidenses, y esto es, aparte del discurso de la «cultura del vaquero», un mito. Ningún otro país importante tiene un historial tan cauto y moderado como Estados Unidos: tuvo que ser arrastrado a la Segunda Guerra Mundial en 1941 y fue arrastrado a Bosnia en 1995. Estados Unidos



combatió varias guerras en los años noventa —Kuwait en 1991, Bosnia en 1995, Kosovo en 1999— en respuesta a una agresión contra musulmanes. Burlarse de la agresividad estadounidense es una actitud que, dado su historial en la era moderna, resulta increíble en países como Gran Bretaña y Francia, que atropellaron a la mitad de Asia y de África, o en Rusia y China, por no hablar de Alemania, Italia y Japón.

Esta denuncia hacia Estados Unidos no va unida a una valoración concreta e informada de la política estadounidense en el período transcurrido desde la Guerra Fría. Con el Gobierno de Clinton, el historial de Estados Unidos estuvo lejos de ser perfecto, pero intervino de forma constructiva en varias cuestiones, desde la política económica internacional y la de derechos humanos hasta zonas concretas de conflicto. Además, la idea de que todos los males del mundo pueden achacarse a Estados Unidos, a su Gobierno o a sus ciudadanos, es muy simplista. Una de las quejas más generalizadas contra Estados Unidos no es que ha hecho demasiado, sino que ha hecho demasiado poco.

En este punto la discusión suele desplazarse a algo más difuso, como la «globalización». Pero resulta difícil que ésta sea en sí misma una causa o una legitimación de lo que ocurrió el 11 de septiembre. La globalización es un proceso complejo, en algunos aspectos un proceso que lleva en marcha décadas, cuando no siglos, y difícilmente es atribuible a políticas recientes de ningún Estado. El resentimiento ante la globalización procede, sobre todo, de la experiencia del colonialismo y de la Guerra Fría. Apenas hace falta añadir, además, que las acciones y declaraciones asociadas a los que participaron en el ataque contra Nueva York tenían poca relación con la causa de los pobres del mundo: los organizadores y la dirección de Al Qaeda procedían en su mayor parte de un país, Arabia Saudí, que se beneficia desde hace tres décadas, sin ningún remordimiento, de exprimir las economías de los países en desarrollo encareciendo el precio del petróleo. Sus propias declaraciones eran obras maestras de prejuicios y particularismo, con su llamamiento limitado a los miembros de una fe que equivale, como mucho, a una quinta parte de la población mundial, y su denuncia de todos los demás.

No está claro aún lo que significa y significará el 11 de septiembre. Pero es evidente que es un momento decisivo, confuso y aterrador de la historia mundial.

